

## CAPÍTULO LII.

### REFLEXIONES SUGERIDAS DE LA CUESTION MORTARA.

EN marzo de 1859 el erudito escritor Mr. Veillot escribía desde Roma la importante carta que vamos á traducir, en la que se trata del niño Mortara. «Antes de ayer, decía, estuve en la basílica Vaticana, al pié de la cátedra de san Pedro, acompañado por mi hermana. Un dignísimo y muy amable prelado francés, Mons. Bastide, nos explicaba las bellezas sagradas de aquel santo lugar, cuando vimos acercarse un religioso de hábito blanco conduciendo unos cuantos escolares, vistiendo, segun el uso de Roma, hábito del mismo color que su maestro. Bajo la gravedad de esta costumbre las miradas de los niños parecen mas inteligentes. Mons. Bastide tomó por la barba á uno de los mas bajos de estatura, pero robusto, el cual le miraba con sus grandes é inteligentes ojos:—Hé aquí, me dijo, el famoso personaje que tanto ha ocupado á la Europa y á nosotros. Os presento al pequeño Mortara.—Al mismo tiempo el Prelado me presentó al religioso, que era uno de los superiores de la Congregacion de clérigos regulares conocidos vulgarmente en Roma por los *Rochettini*, porque acostumbran á llevar siempre el roquete. Es una congregacion dedicada á la enseñanza, muy considerable.

«Yo me habia propuesto, desde mi llegada á Roma, ver al célebre y pequeño niño Mortara, y quedé verdaderamente encantado al encontrarle al pié de la cátedra de san Pedro. Por orden de su superior me besó la mano. Yo abracé enternecido al escolar de los *Rochettini*, y mi hermana hizo otro tanto. Es de buena presencia, de semblante piadoso, y está adornado con los mas bellos ojos del mundo. Responde sin embarazo, como muy instruido en los asuntos de que se le habla. Escribe con mucha soltura. Entre los de su edad es el que mejor sabe el Catecismo.

«Esta mañana he vuelto á verle en su prision. Es el bello convento de *San*

*Pietro in Vincoli*, que nosotros, jesuitas sin entrañas, no osaríamos llamar tambien un colegio. Los *Rochettini* custodian y sirven esta admirable iglesia, á la que acuden los curiosos de todas partes del mundo para admirar el Moisés de Miguel Ángel, y los cristianos para venerar las reliquias de los Macabeos depositadas bajo el altar y las cadenas que el primero de los Papas llevó en otra prision de diverso género. Despues que hube visto estas cadenas mas ilustres que todas las coronas, supliqué me permitiesen ver á la inocente víctima de la tiranía pontifical. Fuéron á buscarle en tanto que yo esperaba en el claustro interior. Este claustro es de grandes dimensiones, adornado de mármoles, de flores y de pinturas. Los rayos del sol hacian hermoso aquel lugar. ¡Aquí es donde aquel pobre niño está condenado á tomar sus recreaciones, cuando sus profesores no los llevan de paseo á San Pedro, al Coliseo, á San Pablo, extramuros, á San Juan de Letran y á otros lugares semejantes! No habia tenido bastante tiempo para compadecerme cuando llegó el mártir. Á mis nuevas preguntas me contestó que amaba mucho á sus padres, y que iria á vivir con ellos cuando fuese de mayor edad y estuviera bien instruido para hablarles del Santo Padre, del buen Dios y de María santísima. Despues que hubimos hablado un rato, partió corriendo para su clase. No manifiesta tener horror á su suerte; pero esto, dirá Mr. Plée, es el colmo del horror.»

Nos ha parecido conveniente insertar la carta que acaba de leerse para que se vea qué clase de prision habia sido destinada al niño Mortara, por cuya suerté tanto parecia interesarse toda la Europa. Indudablemente disfrutaba de mayores comodidades que las que podian proporcionarle sus padres, y sobre todo, el alimento del alma en la instruccion evangélica, bien inestimable y superior á los mayores tesoros del mundo que no puede hallarse en la morada de un israelita.

El niño Mortara, hoy hombre y sacerdote del Dios-Hombre á quien sus ascendientes crucificaron en un patíbulo de afrenta, bendice con lágrimas en los ojos en primer lugar á Dios, que fijando en él su amorosa mirada, y sirviéndose de un instrumento flaco cual fue una pobre criada, le sacó de la muerte á la vida haciéndole heredero del reino de los cielos, y despues al bondadoso Pio IX, que le colocó en puerto seguro donde pudiera conocer y apreciar la gracia que habia recibido, y que la salvacion solo puede alcanzarse en el Arca misteriosa de la católica Iglesia, construida por el divino Noé, Cristo Jesús, para que en ella pudieran los redimidos librarse del naufragio de la culpa que pierde al hombre eternamente.

Deseamos dejar suficientemente esclarecido el punto de que nos ocupamos con el objeto de desvanecer las ideas que puede haber formado alguno de nuestros lectores, que haya leído el razonamiento de los escritores hostiles.

En 1859 nos ocupamos de este asunto en la *Revista católica* de Barcelona, la mas antigua de las publicaciones religiosas de España, y en ella, despues de explicar sencillamente el hecho del bautismo del niño Mortara y de la proteccion que le dispensó la Santa Sede desde el momento en que tuvo conocimiento del suceso y fue plenamente comprobado, hicimos las reflexiones que nos parecieron conducentes al caso, que creemos oportuno reproducir en este lugar. El libro es mas duradero que el periódico, y conviene consignar en él cuanto puede ser de gran interés para los católicos.

Hé aquí, pues, cómo nos expresábamos en la citada época:

«En la mañana que escribimos estas líneas (20 de junio), cumple un año

que la autoridad eclesiástica de Bolonia tomó á su cargo la direccion del niño Mortara; y por consiguiente, desde aquella fecha se ha dicho lo que, no sin una especie de confusion y mucho disgusto, irémos poniendo en conocimiento de nuestros lectores.

Insistimos en dejar establecido que este es el hecho sencillo, desnudo de todo comentario, referido sin ninguna especie de parcialidad; es el puro relato, relato que hemos extraído de los datos que nos ha sugerido, no ya la prensa católica, italiana y francesa, sino la misma prensa revolucionaria, *Le Siècle*, por ejemplo.

¿Y dónde fue colocado el cristiano niño?

«Roma, á quien no en vano hemos llamado la ciudad hospitalaria, ha atendido á todas las necesidades de la humanidad y de la fe; la beneficencia es su principal industria y la caridad el principio fundamental de su código; y por consiguiente, como donde hay caridad hay providencia, puede inferirse que todo está allí previsto: los peregrinos, los enfermos, los viciosos tienen su punto de reunion en donde poder descansar, instruirse ó enmendarse.

«En el siglo XVI, Paulo III, de feliz memoria, observó un vacío en aquella plenitud de misericordia; faltaba, en efecto, un asilo para los infieles, en donde los pequeñitos que quisieran mamar la adorable leche de los pechos de la santa Iglesia, pudieran saborearla con todo descanso. Paulo III cumplió su deseo expresado en las anteriores palabras, estableciendo cerca del Capitolio una cofradía que llamó de san José de los catecúmenos.

En 1634 Urbano VII encargó el protectorado de esta Cofradía, que habia empezado á producir opimos frutos, á su venerable hermano el Padre capuchino y cardenal Antonio. El celo fervoroso del Emo. P. Antonio, superando dificultades, pudo ver establecida, gracias á su constancia laudable, la congregacion de catecúmenos en el lugar que hoy ocupa, cerca de la iglesia de Nuestra Señora de los Montes.

Los catecúmenos son tratados allí con todas las consideraciones de rango, de posicion y de fortuna; de modo que el establecimiento de Nuestra Señora de los Montes es al propio tiempo que un vasto seminario de educacion moral, una escuela muy propia de instruccion civil. La sociedad tiene erigidas allí sus cátedras, y la Religion sus consejos. Muchos, muchísimos de los que han acriminado la conducta de Pio IX con el niño Mortara; muchas madres, que, llevando su compasion hasta al fanatismo, han acompañado con sus lágrimas á la madre del *ex-judío*, se tendrían por muy dichosas, y quedarían muy contentas de poder enviar á sus hijos apreciados, mas que no fuese un veranito, al colegio romano de los catecúmenos, si estuviesen enteradas del orden, de la disciplina, de la nobleza que respira en todas sus partes, y de la abundancia de sabiduría y prudencia que se comunica á los niños sujetos á la accion vivificadora del espíritu de Dios y del siglo cristiano.

Pues en el colegio de los catecúmenos fue retirado el niño Mortara; el pontífice Pio IX, que sabe respetar muy bien los sentimientos naturales del corazón, se compadeció de un padre á quien la Providencia, por uno de sus altos designios, quiso afligir por medio de la salvacion de su hijo, y en consecuencia dió orden de que se franquease la entrada en el colegio de catecúmenos á la familia de Mortara, encargando la vigilancia de que el niño fuese enteramente respetado en sus convicciones y en la nobleza y dignidad de que se hallaba revestido.

Si atendemos á las especiales circunstancias de que va acompañándose este acontecimiento, no nos es permitido siquiera dudar que Dios tiene en él importantes designios: el niño ex-judío está dotado de una bondad natural que hace concebir grandes esperanzas; su alma revela haber sido creada para algo mas que absorberse en una masa, juguete del ludibrio y oprobio de las naciones.

La *Armonía* de Turin, periódico para el cual, sea dicho de paso, reclamamos las simpatías enteras de los católicos españoles, nos ha suministrado algunos datos acerca su bondad que vamos á transmitirlos aquí.

Grande era la alegría de que se hallaba revestido el niño Mortara al entrar en el colegio de catecúmenos. Así que entró apercibióse de una imagen de la Virgen de los Dolores que está colocada sobre la puerta, y volviéndose á los Padres que le acompañaban, les preguntó: «¿Por qué está llorando?» «—Hijo mio, le contestó uno de ellos, esta Virgen llora porque los judíos no se convierten, porque no quieren reconocer su adorable Hijo, nuestro Salvador. — Pues entonces, replicó, ella llora por mi padre y mi madre.» Á pesar de su tierna edad, el cielo le ha hecho ya comprender la gracia extraordinaria que le ha dado con el Bautismo, y la desgracia horrible de sus padres en su pertinacia hácia el judaismo. Su espíritu está posesionado de esta idea, y esta idea está grabada como un lema en su corazón sensible.

Cuando se le anunció una visita de su padre rebotó en alegría, puesto que el Catolicismo prescribe veneracion, respeto y amor hácia los padres; el Catolicismo ruboriza la dependencia filial, no la aniquila; figuróse podría atraer á su padre al seno de nuestra Religion, y volviéndose á su ayo exclamó como inspirado: «Voy á convertirle.» Mas su padre tiene las entrañas de judío; y las entrañas de judío, si eran duras cuando Dios colmaba de beneficios al pueblo santo en los pavorosos desierto y soledades, se han endurecido mas y mas cuando este mismo Dios, cansado de hablarles por los Profetas y de gritar por su boca: *Jerusalen, conviértete*, echó el resto de sus misericordias, dándoles su sangre, despreciada la que ya no tuvo que darles sino rigor y justicia, á lo cual están condenados.

El negociante de Bolonia estuvo inflexible, y ante esta inflexibilidad el hijo cristiano prorumpió en un sentido llanto.

Los Padres de san José pudieran aprovecharse muy bien de tan inconcebible terquedad, sacando de ello un nuevo testimonio para corroborar la fe del afortunado niño; podrían decirle: «Hijo nuestro, no te admires de que la alabanza de la gracia no pueda hacer oír sus golpes en el alma de tu padre; él está confirmando esta palabra que David escribió en su Salterio en nombre de Dios: «Cuarenta años estuve disgustado con aquella generacion, y dije: «Estos *siempre* yerran de corazón.»

«Y ellos no conocieron mis caminos; como juré en mi ira: No entrarán en mi reposo.»

En fin, los que pueden estar instruidos en el asunto han asegurado que la fe del niño va creciendo con su edad, hasta el punto de que, segun leímos en algunas correspondencias italianas, instándole un día su padre para volver á Bolonia, le dijo: «¿Ignoras tú que está escrito en la ley: Honrarás á tu padre y madre?» Él le contestó: «El Papa sabe mejor que nosotros los mandamientos de la ley de Dios; yo obedeceré siempre al Papa.»

En cuantas ocasiones se le presentan, manifiesta su compasion para con

los judíos, porque, según dice, no tienen ni altar, ni Virgen, ni Sumo Pontífice.

El niño Mortara tuvo la fortuna de ser llamado por Pio IX, quien quedó sorprendido de las predisposiciones de su espíritu, asegurándose que exclamó: «Todas las bayonetas del mundo no bastan para hacerme abandonar á «este chico.» Al ver al Padre de los cristianos, bendijo á la muchacha que le lavó con las aguas de la regeneración, abriéndole las puertas de la Iglesia católica. Preguntado ¿quién era el Papa? contestó: El Vicario de JESUCRISTO; preguntado ¿quién era JESUCRISTO? contestó con algun sonrojo: El Salvador de los hombres crucificado por los judíos.

Otras contestaciones tuyas, admirables atendida su corta edad, nos ha transmitido la prensa católica, entre las que descuellan algunas de las que se dió cuenta en una correspondencia de Roma: «Preguntéle, dice el correspondiente, ¿qué os dijo ayer vuestra madre?—Ella me dijo, contestó, ven á mi casa, «yo te prepararé hermosísimos vestidos; yo la respondí: Y bien, ¿qué haré yo «de aquellos vestidos? todavía son mas hermosos los que se me guardan en el «cielo.—Y despues, ¿qué os respondió ella?—Ella me dijo: Mira, hijo mio, has «de entender que tú naciste judío, eres judío y vivirás judío; no traigas de nin- «guna manera esta medalla, no vayas á misa, porque eres judío; mas yo he «repetido dentro de mí: Soy cristiano, soy cristiano por la gracia de Dios.»

«Yo, sigue el correspondiente, le he preguntado si sabia que era de precepto «obedecer al padre y á la madre; á lo que él contestó con energía y como algo «irritado: En lo que es mal, no. Yo repliqué: ¿Y es por ventura una cosa mala «ir á casa de los padres? Á lo que, despues de haber meditado un momento, «contestó: Mas ellos son judíos y yo cristiano. Yo le hice observar que era ne- «cesario suplicase á Dios para sus hermanitos la gracia que le fue concedida «á él, á lo que contestó: Y tambien para mi padre y mi madre.»

«Yo le he dicho que entre los judíos se habian distinguido grandes hom- «bres, por ejemplo, los Apóstoles; á lo que me contestó: Es verdad, pero fue- «ron bautizados.—Pero JESUCRISTO era judío.—Y tambien fue bautizado.»

«Preguntéle cuál era la oración que hacia mas á menudo, y me contestó ser «la siguiente: Santísima Virgen, amparadme, pues habeis de ser mi madre.»

Nótase sobre todo en Mortara una tendencia viva, pronunciada, á la propa- ganda; todo indica que este pequeñito grano de mostaza está predestinado á crecer rápidamente; á extender las ramas que pronto nacerán del seno de su caridad; á cobijar en su alta copa tal vez á aves que volarán por muy empina- das alturas.

Esta creación de la gracia no podia ser despreciada por la Iglesia; la Igle- sia es responsable ante su divino esposo el Espíritu Santo de estas almas he- ridas por el dardo del eterno amor. La Iglesia de la fortaleza sabia sufrir otro martirio de tres siglos con aquella resignación heroica que admiró á toda una época de la historia humana, aunque no fuera mas que para salvar á un alma.

El alma del niño Mortara es la de un hijo de la fe; los millones de creyen- tes católicos que pueblan el globo le llaman dos veces hermano; soñar en una *ingratitude católica* es el delirio en su apogeo.

¡Cosa particular! ¡contradicción asombrosa! Proudhon y los ultra-ateos han escrito el *Point du Catholicisme*, porque han pretendido ver establecido un *rutinarismo* en todo; hoy que se presenta un hecho no rutinario, que el uni- verso católico se levanta para apoyar los derechos de la fe en la persona de un

débil, de un espíritu desamparado, se le acusa de bárbaro, de tirano, de no comprender la esencia de la dignidad humana.

Aprendamos de una vez el valor de ciertos deslumbradores argumentos, y no nos fiemos del color de bronce de su superficie.

Como si se hubiera pisado la cola de un reptil, la conquista del hebreo de Bolonia puso en guardia contra la Iglesia á todos sus enemigos: los crucifica- dores de JESUCRISTO viéronse favorecidos por una turba numerosa de aboga- dos, que les ofrecieron sus luces y sus talentos.

«La *injusticia* del Papa escandalizó á la sociedad de los atropellos; y este siglo que no ha podido presenciar sino horrendas ingratitudes y desatencio- nes fieras; este siglo que ha visto arrancados de sus hogares á millares de mi- llares de hijos para ser sacrificados en aras de la usurpación; este siglo se conmueve al solo recuerdo de que la Iglesia ha tomado un niño del regazo de su madre para amamantarlo en su doctrina.

Se ha puesto el grito en el cielo, se ha defendido que esta era una propa- ganda de mala ley.

La Comisión administrativa de los israelitas de Alejandría, en el Piamon- te, trabajó con asiduidad sin ejemplo para hacer comprometer á la prensa eu- ropea en favor de la familia de Bolonia; las comunidades israelitas del terri- torio sardo, alentadas por la atmósfera corrompida de aquel país, redactaron una enérgica protesta, que fue inserta sin ningun reparo en muchos periódicos, y en esta protesta se pedía el apoyo de la prensa universal para hacer un llamamiento á la humanidad entera en favor del *oprimido*.

Natural era que la prensa cristiana no diese el escándalo de preferir prác- ticamente el fanatismo de la Sinagoga á la veneración y respeto del Vaticano; mas, si bien no todos, no faltaron periódicos cristianos que no tuvieron nin- gun reparo en *judaizar* á la mitad del siglo XIX. Creemos que la conducta de estos periódicos entraña una incontrovertible abjuración, y que, ínterin no se retracten, el nombre JESUCRISTO no puede grabarse en sus páginas sino á gui- sa de blasfemia.

El celo de los judíos de la Cerdeña fue demasiado débil para modificar una sola *jota* del plan canónico seguido por la Iglesia.

El *Diario de los Debates* lo previó ya, y determinó, como buen campeón de los principios revolucionarios, hacer la guerra á JESUCRISTO de una mane- ra mas directa: él no se contentó con hacer como los escribas y fariseos de los judíos con sobornar al pueblo, ilusionándole y calumniando al Rey de la ver- dad; sino que tomó el papel de pueblo y se dirigió directamente hácia el co- razón del poder, á los Pilatos modernos, á los que podían firmar la sentencia.

El *Diario de los Debates* hizo, pues, un llamamiento á los Gobiernos, y principalmente al francés: y en esto el espíritu infernal le favoreció con elo- cuencia rara; no hubo piedra que quedase sin remover en la cuestión de hu- manitarismo, ni fibra del tierno corazón del poder que dejase sin tocar.

Pintáronse á las bayonetas francesas, en cuyas invencibles puntas se apo- ya, decía, el trono de un Pontífice, sosteniendo el principio de la tiranía, de la intolerancia, del atropello; pintóse el carácter tolerante, condescendiente, hasta misericordioso que siempre ha distinguido á la Francia, y se encontró en la actualidad una anomalía histórica, sin razón de existencia.

«Para el *Diario de los Debates* las bayonetas francesas estaban perpetrando un horroroso sacrilegio sosteniendo la causa del opresor contra el oprimido, y

era indispensable que vindicasen su honor manchado, declarándose pronto eficaces partidarios del derecho real.

Los clamores eran tan vivos, tan sostenidos, tan prolongados, que hubo momentos en que se creyó que la diplomacia iba á tomar cartas en la partida israelítica; que la Judea armada con las bayonetas de las Cruzadas iba á asaltar á Roma.

Mirándolo sosegadamente, es preciso confesar que esto no hubiese sido sino una anomalía añadida á la série de ellas que hemos presenciado, á pesar nuestro, durante el período de nuestra vida que aun está en su corriente.

En efecto; no tenemos muchas garantías de la verdad de fe de algunos Gobiernos, y por consiguiente, en ocasion que convenia á ciertas regiones una guerra italiana, que se necesitaba un pretexto y una oportunidad, no era irracional cualquier temor.

En el fondo, la cuestion Mortara podia servir lo mismo para fundamento de guerra europea, que la cuestion Cagliari en Nápoles, y que el que sirve de base á los combates de la Lombardía.

Nosotros, que veíamos las nubes que se amontonaban en el horizonte italiano; que reconocíamos que la tempestad era indispensable, deseábamos vivamente que apareciera algun fenómeno atmosférico social que desviase ciertas atenciones que veíamos fijadas sospechosamente en el hospicio de Nuestra Señora de los Montes.

Dios atendió nuestros deseos, sea bendito para siempre.

Preferimos ver á la guerra actual empezada en la Lombardía, que el haberla visto empezada á los piés de la Santa Sede.

Sin embargo, seamos justos: la diplomacia anduvo muy cuerda en ello, y sin duda desde el primer momento reconoció que, sin manifiesta injusticia, no podria llevar á cabo en aquel terreno proyectos belicosos.

Los cánones de la Iglesia, obra madurada por el sol de diez y nueve siglos; obra fortificada por la táctica de tantos ilustres defensores de la Iglesia como vivieron en ellos, era una barrera demasiado consistente para ser salva-da por un esfuerzo del capricho.

Gran parte de la prensa cubrió de insultos sus columnas; los órganos ministeriales de algunos Gobiernos se pusieron en ademan sañudo, mas los Gabinetes quedaron silenciosos.

La importancia de la cuestion exige demos aquí cuenta de las diferentes posiciones que tomaron y supieron conservar los diversos órganos del periodismo.

La prensa del *Piamonte* mostróse en esto la primada del celo por la causa de la Sinagoga, y la *Armonia* necesitó todos los auxilios de la divina gracia y la prudencia cristiana para hacer frente al diluvio de argumentos que redactaban *ab irato* los escritores del divorcio.

La Francia, gran potencia que se ha figurado ser un poder enciclopédico y reunir un criterio universal al que deben acatar y subordinarse las demás potencias no tan grandes, trató seriamente de mostrarse patrocinadora del débil. El partido que tomó el asunto con mas brio fue el sansimoniano representado por la *Presse* y los *Débats* y el *Siècle*. Á los cuales ha sabido servir bien de ayuda de campo *Le Constitutionnel*.

Exáminese el pasaje del *Diario de los Debates*: «¡Qué! porque un niño nacido en la religion judía haya sido bautizado clandestinamente á la edad

«de seis años por una muchacha católica, ¿este niño ha cesado de pertenecer á «su familia? ¿Pertenece de cuerpo y alma á la Iglesia católica, y las autoridades de esta Iglesia tendrán el derecho de arrebatarlo á su padre para hacerle educar en una religion que no es la de la familia? ¡Qué! ¿las leyes canónicas autorizan, prescriben semejante violacion y destruccion de la justicia «y de la moral universal? ¿Ellas habrian sacrificado los derechos de la autoridad paternal á este celo indiscreto é insensato que pisotea los mas nobles «sentimientos del corazon? La ley civil en armonía con la natural atribuyen «al padre un derecho sagrado que es al propio tiempo un sagrado deber; el «derecho y el deber de ejercer la tutela sobre sus hijos que no han llegado todavía á la edad del raciocinio; de dirigir su educacion moral y religiosa; de «pensar, obrar y querer por ellos; y no obstante las leyes canónicas le despojan de este derecho, le relevan esta obligacion sagrada para conferirla toda «á una sirvienta!

«Estamos tentados á creer que deliramos al ver profesada doctrina tan monstruosa á mitad del siglo XIX.

«Si los cristianos tienen derecho de bautizar los niños judíos sin el consentimiento de sus familias, y de arrebatárselos en seguida para hacerlos educar en sus escuelas, ¿por qué los judíos no habrán de tener el de circuncidar «á los niños cristianos y de arrebatarlos de sus hogares para hacerles instruir «en su religion? Los judíos, que naturalmente creen que su religion es la mejor y la única salvadora, quedarian á cubierto con solo alegar que pretendian «con ello salvar á un alma.»

Y despues de una ironía á lo Voltaire, continuaba:

«Si las leyes canónicas están en este punto en desacuerdo con la ley moral y la civil; si autorizan las enormidades que se ensaya á justificar en su «nombre, nosotros nos vemos obligados á no poder contestar sino: Tanto peor «por las leyes canónicas.»

*Le Siècle* no podia quedarse á retaguardia; así es que Mr. de La Bédollière tomó el pendon del humanitarismo, y se fué literatamente á atacar á Roma.

«No podemos permanecer frios, escribia, ante semejante crimen; él perjudica tan directamente á la sociedad en cuyo seno ha sido cometido, que no «dudamos en condenarlo y en pedir la reforma de las leyes que lo autorizan. «La Francia no puede hacerse participante, ni con la tolerancia, de semejante iniquidad legislativa...

«Sentados los principios, es necesario deducir todas las consecuencias: «concebimos bien los escrúpulos del Santo Padre, mas nos es imposible admitir con *Le Constitutionnel*, que el Gobierno comparta con él la responsabilidad; creemos que, en razon á los servicios que la Francia ha prestado al trono «pontificio, nuestro Gobierno está en el derecho de *hacerse lugar á su voz*. Todavía mas, nosotros creemos no pensar fuera de razon que no se ha renunciado á la política insinuada en la carta de Napoleon á Mr. Edgar Ney, y que «el señor Ministro de Negocios extranjeros ha dado ya sus instrucciones en el «sentido que hemos insinuado á nuestro embajador en Roma.»

Este es el compás adoptado en la sinfonía de incredulidad magistralmente tocada en la capital de la civilizacion ante la Europa atenta.

Estas doctrinas tenían eco en otros puntos no menos importantes, y nada mas natural; en el tiempo en que vivimos es utópico soñar en el aislamiento